

res, permitiendo á los hombres ilustrados trabajar por su redención.

Sobre la tierra, introduce en el orden social los poderosos elementos de moralización, de conciliación y de progreso. Al aclarar los oscuros problemas de la existencia, ofrece un remedio eficaz contra las utopías peligrosas, las ambiciones exageradas, las teorías disolventes. Apacigua los odios, calma las pasiones ardientes y restablece la disciplina moral, sin la cual no puede haber ni paz ni armonía entre los hombres.

A los gritos amenazadores, á los clamores tumultuosos demandando justicia, al llamamiento á la violencia, á las maldiciones contra la suerte, la voz de los Espíritus responde: Hombres, entrad en vosotros mismos, aprended á conoceros, á conocer las leyes que rigen á las sociedades y á los mundos. Habláis sin cesar de vuestros derechos; sabed que únicamente poseéis los que os confiere vuestro valor moral, vuestro grado de adelanto. No envidiéis la riqueza: ella impone grandes deberes y pesadas responsabilidades. No busquéis la vida del ocio y del lujo; el trabajo y la sencillez son los mejores elementos de nuestros progresos y de nuestra felicidad futura. Sabed que todo está arreglado con equidad y que nada se ha dejado al azar. La situación del hombre aquí abajo es la que él mismo se ha formado. Soportad, pues, con paciencia los males necesarios por vosotros mismos escogidos. El dolor es uno de los medios de elevación; el sufrimiento de lo presente repara los yerros anteriores y engendra las felicidades futuras.

La existencia terrestre no es más que una página del gran libro de la vida, un corto pasaje que une dos inmensidades, la del pasado á la del porvenir. El globo que habitáis es sólo un punto en el espacio, una mansión inferior, un lugar de educación, de preparación para vidas más elevadas.

Así pues, no juzguéis, no midáis la obra divina con la regla estrecha y en el limitado círculo del presente. Comprended que la Justicia Eterna no es la justicia de los hombres; que no puede definirse sino por sus relaciones con el conjunto de nuestras vidas y la universalidad de los mundos. Confíad en la suprema Sabiduría; cumplid la misión que se os ha asignado, y que libremente habéis aceptado antes de nacer. Trabajad con valor y conciencia en mejorar vuestra suerte y la de vuestros semejantes, ilustrad vuestra inteligencia, desarrollad vues-

tra razón y vuestras facultades. Mientras más ardua sea vuestra tarea, más rápido será vuestro progreso. La fortuna y el gozo constituyen tropiezos para el que desea elevarse. No se llevan fuera de este mundo ni bienes ni honores, sino únicamente las cualidades adquiridas y las perfecciones realizadas; estas son las riquezas imperecederas contra las cuales la muerte nada puede.

Alzad vuestras miradas por encima de la tierra. Con el auxilio de los invisibles, de vuestros guías espirituales, cuyos socorros no os faltarán si les evocáis con fervor, avanzad con resolución por el camino de la vida. Amad á vuestros hermanos, practicad con todos la caridad y la justicia. Recordad que todos formáis una gran familia, dimanada de Dios, y que omitir lo que debéis á vuestros hermanos, es faltar á la eterna bondad de Dios que es nuestro Padre común; es faltar á vosotros mismos, porque unidos con vuestros hermanos, sólo formáis una humanidad en el pensamiento creador de Aquel á quien todo lo debemos.

Porque la única felicidad, la única armonía posible aquí en la tierra no es realizable sino por la unión con nuestros semejantes, por la unión del pensamiento y del corazón, mientras que por la división sobrevienen todos los males: el desorden, la confusión, la pérdida de todo lo que constituye la fuerza y la grandeza de las sociedades.

*
*
*

Frecuentemente se plantea esta cuestión: ¿El espiritismo moderno constituye una ciencia ó una religión?

Hasta ahora, estas dos fases entrevistadas por el espíritu humano en sus seculares investigaciones de la verdad, han conducido á resultados opuestos, signo manifiesto del estado de inferioridad del pensamiento, restringido, sujeto, limitado en su campo de acción. Pero, perseverando en su marcha, llegará forzosamente un día—y este día está cercano—en que el espíritu humano llegará á un punto en donde se unirán estas dos formas de la idea, se fundirán en una síntesis, en tal concepción de la vida y del mundo, que abarcará el presente y el porvenir y fijará las leyes del destino.

El espiritualismo moderno será el factor de esta unión.

Ninguna otra doctrina puede proporcionar á la humanidad esta concepción general que, desde lo más hondo de la vida inferior, eleve el pensamiento hasta la cima de la creación, hasta Dios, reuniendo á todos los seres en una cadena sin fin.

Cuando esta concepción haya penetrado en las almas, cuando constituya el principio de educación, el alimento intelectual, el pan de vida de todos los hijos de los hombres, no habrá ya posibilidad de separar la ciencia de la religión y mucho menos de combatir la una en nombre de la otra, porque la ciencia, confinada hasta ahora en el estrecho círculo de la vida terrestre y del mundo material, habrá conocido lo invisible y levantado el velo que cubre la vida fluidica; habrá sondeado el más allá para determinar las formas y precisar las leyes. Y la existencia futura, la ascensión del alma en sus innumerables moradas, no será ya una hipótesis, una especulación desprovista de pruebas, sino una realidad viviente y activa.

No será ya posible combatir la religión en nombre de la ciencia, porque la religión no será ya el dogma estrecho, exclusivo, el culto material que hemos conocido; ella será el coronamiento de todas las conquistas, de todas las aspiraciones del espíritu humano; será la elevación del pensamiento, que, apoyándose en la certeza experimental, en la comprobación del mundo invisible, en la posesión de sus leyes, y, fortalecida con esta sólida base, se elevará hacia la Causa de las causas, hacia la Inteligencia soberana que preside el orden del universo, para bendecirla por haberle concedido la posibilidad de penetrar sus obras y asociársele.

Entonces cada uno comprenderá que ciencia y religión no eran más que palabras, formadas para expresar el estado inferior de los conceptos humanos, las tentativas del pensamiento en sus primeros ensayos infantiles, el estado transitorio del espíritu en su evolución hacia la verdad.

Lo que estas palabras expresaban se habrá desvanecido con las sombras de la ignorancia y de la superstición, para dar lugar al *conocimiento*, el conocimiento real del alma y de su porvenir, del universo y de sus leyes, y con este conocimiento, vendrán la luz y la fuerza que permitirán por fin á la alma humana tomar su legítimo lugar y desempeñar su verdadero papel en la obra de la creación.

La ciencia siempre se ha gloriado de sus conquistas, y su

orgullo es legítimo. Sin embargo, la ciencia humana es provisional, incompleta y mudable. Es sólo el conjunto de las concepciones de un siglo que la ciencia del siglo siguiente aventaja y deja atrás. A pesar de sus ciegas negaciones y de su mezquina obstinación, cada día las afirmaciones de los sabios se ven desmentidas en algún punto. Teorías penosamente planteadas se hunden, para dar lugar á otras nuevas. Con el transcurso de los tiempos, el pensamiento se desarrolla y avanza, pero en su camino, ¡cuántas dudas, cuántos períodos de eclipse y aun de retroceso!

Al considerar los prejuicios y las rutinas de la ciencia, ciertos escritores se han levantado contra ella y la han acusado de impotente y abortada. Esta era una acusación injusta. Como lo hemos ya demostrado, la "bancarota" ha alcanzado solamente á los sistemas materialistas y positivistas. En sentido opuesto, la teología y la escolástica, al conducir á los espíritus al misticismo, provocaron una reacción inevitable.

El periodo del misticismo y el materialismo va concluyendo. El porvenir pertenece á la ciencia nueva, á la ciencia psíquica que estudia todos los fenómenos, investiga las causas, reconoce la existencia del mundo invisible, y con todos los análisis que posee, realizará una magnífica síntesis de la vida y del universo para difundir esos conocimientos en la humanidad.

Ella destruirá la noción de lo sobrenatural, pero abrirá á las investigaciones humanas los dominios desconocidos de la naturaleza que esconden inagotables riquezas.

Esta evolución científica se produce ya, por la influencia del espiritualismo moderno. A él es, dígame lo que se quiera, al que la ciencia nueva debe la vida, pues que sin el impulso que ha dado al pensamiento, esta ciencia estaría aún por nacer.

El espiritismo trae á cada ciencia los elementos de una verdadera renovación. Por la comprobación de los fenómenos conduce á la física, al descubrimiento de las formas sutiles de la materia; aclara todos los problemas de la fisiología por el conocimiento del cuerpo fluidico. Sin la existencia de éste, sería imposible explicar el agrupamiento, en la forma orgánica y conforme á un plan determinado, de las innumerables moléculas que constituyen nuestra envoltura terrestre, así como la conservación de la individualidad y la de la memoria, no obstante las constantes mutaciones del cuerpo humano.

Debido á él la psicología no está ya entorpecida por tantas cuestiones oscuras, y particularmente por la de las personalidades múltiples, que, sin conocerse, sucedense en el mismo individuo. Las experiencias espíritas dan á la patología los medios de sanar la obsesión, la posesión y los innumerables casos de locura y de alucinación que con ellas se relacionan. La práctica del magnetismo y la utilización de los flúidos curativos modifican y transforman la terapéutica.

En fin, el espiritualismo moderno nos hace comprender mejor la evolución de la vida, mostrándonos su principio en los progresos psíquicos del sér, que construye y perfecciona él mismo su forma al través de los tiempos.

Esta evolución, produciéndose de manera que nuestras vidas terrestres no son más que una fase transitoria y como simples jornadas de nuestro gran viaje de ascensión en la escala de los mundos, la viene á confirmar la observación astronómica, que nos muestra la insignificante importancia de nuestro planeta en el conjunto del universo, sentando como conclusión la habitabilidad de las otras tierras del espacio.

Así es como el espiritismo viene á enriquecer y á fecundar los diversos dominios del pensamiento y de la ciencia. Esta se había limitado al estudio del mundo sensible, del mundo inferior de la materia. El espiritismo, al demostrarle la existencia de un mundo fluídico, que es la prolongación, el complemento de aquél, le abre horizontes sin límites, y prepara su progreso y su elevación. Y como estos dos mundos se unen y reaccionan constantemente el uno sobre el otro, y el conocimiento del uno sería incompleto sin el conocimiento del otro, el espiritismo al acercarlos, al unirlos, hace posibles la explicación de los fenómenos de la vida y la solución de los múltiples problemas ante los cuales la ciencia había permanecido hasta ahora impotente y muda.

Esta acción renovadora que el espiritualismo experimental ejerce sobre la ciencia, se hará sentir igualmente en las religiones, pero más lentamente y con más dificultad. Entre las instituciones humanas éstas son las más refractarias á toda reforma, á todo movimiento de adelanto; sin embargo, como todas las cosas, están sujetas á la ley divina del progreso.

En el plan superior de evolución, cada símbolo, cada forma religiosa debe hacer lugar á concepciones más elevadas y más

puras. El cristianismo no puede desaparecer porque sus principios contienen el germen de renacimientos infinitos; pero debe despojarse de las formas diversas que ha revestido en el curso de los siglos, regenerarse en las fuentes de la nueva revelación, apoyarse en la ciencia de los hechos, y volver á ser una fe viva.

Ninguna concepción religiosa, ninguna forma de culto es inmutable. Un día llegará en que los dogmas y los cultos actuales irán á juntarse con los despojos de los cultos antiguos, mas el ideal religioso no perecerá; los preceptos del Evangelio dominarán siempre las conciencias, así como la gran figura del Crucificado dominará en el curso de los siglos.

Hasta cierto punto, las creencias, las diversas religiones, tomadas en su orden sucesivo, podrían considerarse como los grados que el pensamiento va alcanzando en su ascensión hacia las concepciones más y más vastas de la vida futura y del ideal divino. En este punto de vista ellas tendrían su razón de ser, pero llega siempre un momento en que las que parecen más perfectas, resultan insuficientes, un momento en que el espíritu humano, en sus ahincos y sus aspiraciones, se eleva más allá del círculo de las creencias usuales, para buscar una forma más completa de conocimientos.

Entonces considera el encadenamiento que une todas estas religiones; comprende que todas se aproximan ó relacionan por un fondo de principios comunes que son verdades imperecederas, en tanto que lo restante, fórmulas, ritos, símbolos, son cosas mudables y como accidentes pasajeros de la historia de la humanidad.

Apartando su atención de estas fórmulas, de estas liturgias religiosas, se transporta hacia el porvenir. Allí, ve elevarse sobre todos los templos, sobre todas las religiones exclusivas, una religión más vasta que abraza todas las religiones actuales, que no tendrá ya ni ritos, ni dogmas, ni barreras, sino que servirá de testimonio á los hechos y á las verdades universales; una iglesia que, sobre todas las sectas y sobre todas las iglesias, extenderá sus manos poderosas para proteger y para bendecir. Ve levantarse un templo en donde la humanidad entera, recogida y prosternada, unirá sus pensamientos y sus creencias en una sólo comunión de amor, en una sólo confesión de fe que se resumirá en estas palabras: ¡Padre nuestro, que estás en los cielos!

Tal será la religión del porvenir, la religión universal. No será una institución circunscrita, ni una ortodoxia regida por reglas estrechas, sino una fusión de los espíritus y de los corazones.

El espiritualismo moderno, por el movimiento de ideas que provoca, prepara su advenimiento. Su acción creciente arrancará á las iglesias actuales de su inmovilidad y las obligará á tornarse hacia la luz que se alza en el horizonte.

Verdad es que ante esta luz, ante las profundidades que ella ilumina, muchas almas ligadas al pasado, aún tiemblan y se sienten poseídas de vértigo. Temen por su fe, por su envejecido y vacilante ideal; esta luz tan viva las deslumbra. ¿No es, dicen ellas, Satanás quien hace brillar á los ojos de los hombres un espejismo engañoso? ¿No es la obra del espíritu del mal?

Tranquilizaos, pobres almas; no hay otro espíritu del mal que la ignorancia. Ese rayo de luz es el llamamiento de Dios; Dios quiere que os aproximéis á él; que abandonéis las oscuras regiones para que entréis á las esferas luminosas.

Las Iglesias cristianas no tienen que alarmarse por este movimiento. La nueva revelación no viene á destruirlas, sino á alumbrarlas, á fecundarlas, á regenerarlas. Si saben comprenderla y aceptarla, encontrarán en ella un socorro inesperado contra el materialismo que sin cesar bate las alas de sus tempestades amenazadoras; y encontrarán nueva y poderosa vida.

¿Habéis visto esas grutas adornadas de estalactitas como blancos cristales, y las galerías subterráneas de las minas de diamantes? Todas sus riquezas están sumergidas en la sombra. Nada revela su oculto esplendor. Pero que la luz penetre y al momento todo se alumbrará; los cristales y los minerales preciosos brillarán; las bóvedas, los muros, todo resplandece como fuego deslumbrador.

El espiritualismo moderno trae esta luz á las Iglesias. Bajo sus rayos, todas las ocultas riquezas del Evangelio, todas las joyas de la secreta doctrina del cristianismo, del dogma, todas las verdades ignoradas, opacadas bajo los velos, salen de la noche de los siglos, reaparecen en su esplendor. Hé aquí lo que la nueva revelación viene á ofrecer á las religiones. Es un socorro del cielo, una resurrección de las cosas muertas y olvidadas que encerraban ellas en su seno. Es una nueva floración

del pensamiento del Maestro, embellecida, enriquecida, sacada á luz por los cuidados de los Espíritus celestes.

¿Las Iglesias comprenderán esto? ¿Sentirán el poder de la verdad que se manifiesta en la grandeza del ministerio que les toca desempeñar todavía, si saben comprenderlo y asimilárselo? No lo sabemos. Pero en vano será que quieran combatirlo, entorpecer su marcha, detener su vuelo: “Esta es la voluntad de Dios,—dicen las voces del espacio—; los que se sublevaren contra ella, serán destruidos y dispersados. Ninguna fuerza humana, ningún dogma, ninguna persecución podrá impedir la nueva difusión, enteramente necesaria, de la enseñanza del Cristo, anunciada y dirigida por él.”

Ha sido dicho: “Cuando los tiempos hayan llegado, extenderé mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán sueños y vuestros ancianos tendrán visiones.”

Esta época ha llegado; la evolución física y el desarrollo intelectual de la humanidad proveen á los Espíritus superiores de instrumentos bastante dóciles, de organizaciones bastante refinadas, para permitirles manifestar su presencia y extender sus instrucciones. Este es el sentido de esas palabras.

Las potencias del espacio trabajan, y por todas partes se hace sentir su acción. Mas estas potencias, se me dirá, ¿quiénes son?

Son miembros y representantes de las Iglesias de este mundo; escuchad esto y grabadlo en vuestra memoria:

Más arriba de la tierra, en las vastas regiones del espacio, allí vive, piensa, se agita una *Iglesia invisible* que vela sobre la humanidad.

Ella se compone de los apóstoles, de los discípulos del Cristo y de todos los genios de los tiempos cristianos, y cerca de ellos encontraréis también á los Espíritus elevados de todas las razas, de todas las religiones, todas las grandes almas que han vivido en este mundo conforme á la ley de amor y caridad.

Porque los juicios del cielo no son los juicios de la tierra. En los espacios etéreos no se pide cuenta á las almas de los hombres ni de su raza ni de su religión, sino de sus obras y del bien que han realizado.

Es la Iglesia universal; ella no está limitada como las Iglesias convencionales de la tierra; ella reúne á los espíritus de todos aquellos que han sufrido por la verdad.

Sus decisiones, inspiradas por Dios, son las que gobiernan al mundo; su voluntad es la que levanta, en la hora señalada, las olas de la idea y empuja á la humanidad hacia el puerto, al través de los obstáculos y las tormentas. Ella es la que dirige la marcha del espiritualismo moderno y protege su desarrollo.

Los Espíritus que la componen combaten por él; los unos, desde el seno del espacio, inspirando á sus defensores—pues no hay distancias para los Espíritus, cuyo pensamiento vibra al través del infinito—; los otros, descendiendo á la tierra y algunas veces revistiendo un cuerpo carnal, volviendo á nacer en medio de los hombres para continuar desempeñando el cargo de misioneros divinos.

Dios tiene reservadas otras fuerzas ocultas, otras almas selectas para la hora de la renovación. Esta hora se anunciará por grandes crisis y por acontecimientos dolorosos. Porque es necesario que los hombres sufran; es necesario que el hombre sea abatido para volver á entrar en sí mismo, sienta lo poco que vale, y abra su corazón á las influencias de lo alto.

La tierra verá días sombríos, días de duelo; las tempestades estallarán. Para que el trigo germine es necesario que caiga la nieve y que el invierno triste sirva de incubador. Los fuertes vientos vendrán á disipar las nieblas de la ignorancia y los miasmas de la corrupción.

Pasarán las tempestades; el cielo azul reaparecerá. La obra divina se manifestará con nueva floración. La fe renacerá en las almas, y el pensamiento del Cristo resplandecerá de nuevo, más espléndido, sobre el mundo regenerado.

*
*
*

En resumen, el espiritualismo moderno no es ni una ciencia, ni una religión. Ciencia y religión son dos formas parciales y diferentes de la revelación. El espiritualismo es la revelación en su sentido más lato, la revelación del universo en toda su magnificencia, en su doble aspecto, visible é invisible; la revelación de las leyes eternas y divinas que se nos presentan ahora en su poderosa majestad, meciendo los mundos en el espacio, presidiendo las evoluciones de la vida, haciendo reinar por doquiera el orden y la armonía.

El nuevo espiritualismo es el estudio del hombre, no en la forma pasajera, sino en su espíritu, en su *yo* imperecedero; es la ley del progreso afirmada y explicada, el perfeccionamiento del alma prosiguiendo de siglos en siglos por el regreso á la carne; es el vasto campo de las edades en el que cada individualidad se desarrolla, se perpetúa y desempeña un papel más y más importante en el universo.

El espiritualismo moderno es una doctrina de vida, de verdad y de luz; sus recursos morales, sus medios de consuelo son infinitos. El espiritismo es un don de Dios, una manifestación de su pensamiento. Se apoya en la ciencia de los hechos y tiende la mano á la religión verdadera, al cristianismo puro, á la eterna religión del amor, para levantarla y regenerarla.

La ciencia y la religión han vivido hasta aquí en dominios distintos. Hoy ya no pueden aislarse, porque ese aislamiento es para ellas la impotencia y la esterilidad. Todo las obliga á aproximarse, á unirse, á fecundarse la una á la otra. El espiritualismo moderno les ayudará, les infundirá una vida nueva; les dará los medios para trabajar unidas, con más eficacia, en el mejoramiento y la elevación de las sociedades humanas. Y así saldrá el hombre del carril secular para elevarse á las altas regiones, para unirse á sus semejantes, y á Dios.

Se trata, pues, de toda una nueva orientación del pensamiento. Se trata de pasar del reinado de la leyenda, del milagro y de la fe ciega al reinado de la fe esclarecida, de la razón, de la ciencia y de la ley. Es preciso, en fin, libertar á la humanidad de la estrechez de los sistemas, de las obstinadas rutinas, para hacerla participar de la vida amplia, de la vida infinita.

La obra es grande é imponente. El nuevo espiritualismo invita á todas las inteligencias, á todos los espíritus generosos, á todas las almas ávidas de ideales y de luz. El campo de acción que les abre, las riquezas que les trae no tienen límites. Los sabios, los pensadores, los artistas, los poetas, todos los apasionados de la ciencia profunda, de la beldad ideal, de la armonía divina, encontrarán en él una inagotable fuente de inspiraciones.

La doctrina de las transmigraciones, la epopeya magnífica de la vida inmortal desarrollándose en la superficie de los mundos, dará nacimiento á obras maestras que sobrepasarán en grandeza á las concepciones geniales del pasado.

El espiritismo es el lazo de unión que liga el cielo á la tierra y une á dos humanidades: el mundo de los espíritus no forma ya más que uno con el mundo de los humanos. Por la muerte y por el nacimiento se unen incesantemente el uno y el otro. Los espíritus no son otra cosa que los hombres despojados de su envoltura carnal; ellos se interesan y participan de todo lo que acontece entre nosotros; todas las conmociones que turban el medio terrestre reaccionan en ellos. De aquí una estrecha solidaridad y una necesidad de relaciones mutuas, por las cuales las fuerzas del mundo visible combinadas con las del mundo invisible, realizarán la concordancia universal. Así se establecerá una comunión íntima entre la tierra y el espacio, entre el mundo espiritual, eterno, celeste, y el mundo material, perecedero, el mundo de los humanos.

CONCLUSION.

La observación de los fenómenos espíritas, por una parte; las enseñanzas de los Espíritus, por la otra, nos han descubierto las profundas verdades que forman la base del cristianismo primitivo y de todas las grandes religiones del pasado. La luz se ha hecho acerca de los actos de la vida del Cristo, hasta hoy envueltos en el misterio. Al mismo tiempo, el pensamiento de Jesús se ha revelado por completo; lo grandioso de su obra se nos ha manifestado.

Jesús no es un fundador de dogmas, un creador de símbolos; es el iniciador del mundo en la religión del amor, en el culto del sentimiento. Algunos han basado la creencia sobre la idea de justicia. La justicia no basta; es necesario la caridad, el amor á los hombres, la paciencia, la dulzura, la sencillez. Por esto el cristianismo es superior é imperecedero, y todos los que aman á la humanidad pueden llamarse cristianos, aun cuando estén separados de la tradición de las Iglesias.

La religión de Jesús no es exclusiva. Ella une á todas las almas creyentes por un lazo común; estrecha á todos los seres que piensan, sienten y sufren, en un mismo círculo, en una sola comunión de amor. Es la simple y sublime forma que va recta al corazón, que conmueve y engrandece al hombre, que le abre las vías infinitas del ideal. Ese ideal de fraternidad y de amor ha necesitado diez y ocho siglos para que fuese comprendido, para hacerlo penetrar en la conciencia de la humanidad. Ha penetrado poco á poco, con formas muchas veces vagas y confusas, pero que contienen el germen de todas las transformaciones sociales.

Al establecer el derecho de todos á participar del "reino de Dios," es decir, de la verdad y de la luz, Jesús preparó la

BIBLIOTECA CENTRAL